

9 DE JUNIO DE 1879.

Madrid.

Hace días que acabé la lectura de un libro que lleva por título un precioso nombre: *Doña Luz*.

Pasa con las obras de D. Juan Valera lo que con los edificios árabes: los detalles preocupan mas que el conjunto. Cada una de las páginas de una novela suya, es para mí como la Alhambra, en la cual hago yo el papel de inglés, eternizándome en la contemplación de cada arabesco y azulejo... De aquí que, cuando salgo de este alcázar, podría dar cuenta de los primeros de la ejecución; pero no podría dibujar la majestad de su grandiosa traza.

Estas obras literarias, cuyo conjunto interesa menos que sus detalles; cuyas páginas son medallones y camaleones, son, sin embargo, las que mas resisten al extrago de la edad.

No es eterno un libro que no pueda estar sobre una mesa constantemente, ser abierto por cualquiera de sus páginas y ser leído con interés sin recordar los sucesos narrados en las hojas anteriores.

Todos los famosos libros de entretenimiento se hallan en este caso: basta recordar *El Lazarillo*, *El Quijote*, *El gran tacaño*, *El Gil Blas*, *El vicario de Wackesfeld*, *Clara Harlowe*, *El viaje sentimental*, *El viaje alrededor de mi cuarto*....

Las obras de D. Juan Valera pertenecen a ese género de obras buenas por páginas. No excitan el interés del novel de folletín, leído con afán y arrojado con desden. Son como buenos amigos que nos complacemos en visitar algunos momentos todos los días.

La comparación, es tanto mas exacta, cuanto que la prosa de D. Juan Valera es una conversación. Siguiendo en mi crítica pintoresca, diré que su prosa se parece a una gran llanura sin límites, vestida de jardines, en flor, por la cual serpean con dulce rumor riachuelos apacibles. No hay grandes edificios, ni gigantescos árboles que rompan las líneas de esta llanura; ni montañas altísimas, ni abismos insospechables: todo es amenidad, serenidad y gracia.

Por este país se ven á veces damas distinguidas, pintadas á la manera de Watteau, ó mujeres y hombres de pueblo á la manera castiza de Murillo.

Un hombre distinguido, de alta estatura, diplomático aspecto, entre grave y sonriente, se pasea por la senda de estos jardines, cortando con delicados epigramas á las mujeres y burlándose de los ideales de los hombres; es el autor, la mas culta personificación del excenticismo del siglo XIX.

Los que habeis leído á *Pepita Jimenez* leed á *Doña Luz*. Son tan diferentes como una andaluza y una inglesa.

Después de haberla leído, comparad y elegid... Sin duda que elegireis á *Pepita Jimenez*.

Yo no debería hablar ahora del último número de *La Ilustración Española y Americana*, porque de él han hablado ya casi todos los periódicos.

Pero es un deber mío tributar un aplauso á una publicación tan notable.

El último número de *La Ilustración* trae un retrato de dos planas, copia de un retrato de Carlos Durán, el famoso pintor francés, titulado: la señorita Sabina. Está grabado por Panmemaker.

El buril de este grabador es un pincel: puede asegurarse que en la mayoría de sus obras la copia tiene mas color que el original.

Panmemaker es un grabador que se hace pagar caro. Una madera como la del retrato publicado por *La Ilustración*, cuesta 4.000 francos.

Como no podría pagarle ese precio ninguna *Ilustración*, las de Londres, París y Madrid han formado una sociedad para comprarle sus grabados, y los publican todas en un mismo día.

Pero ninguno como el del último número; ninguno tan perfectamente concluido; ninguno tampoco tan bello por el asunto.

Es una niña encantadora que tiene sujeto con una mano un magnífico perro. El óvalo de aquel rostro infantil se destaca sobre el pelo suelto que cae, desde un gran sombrero de fieltro—de gran roseta y con pluma blanca—sobre su espalda y sus hombros. La expresión de esta fisonomía es tranquila é inteligente: su hermosura... inexpressable.

Quisiera uno leer sobre el rostro de esa niña su porvenir... Amor, virtud, felicidad.

Una recepción, un académico y dos discursos mas. El señor marqués de San Gregorio ha tomado asiento en la Academia de la Lengua.

Todo el mundo se sorprendió mucho de esta elección; porque, en fin, no era necesario para saber mucha obstetricia saber mucha gramática.

Se hablaba con grande elogio de sus servicios á la humanidad; pero no de sus conocimientos en humanidades.

Se le tenía por maestro en la esgrima del *forceps*, no en el manejo de la pluma.

Sin duda que tan grande superioridad en la ciencia médica le perjudicaba en su reputación literaria. Ser profesor de partos parece refugio con cualquier otro género de conocimientos: imprime carácter: no da derecho á un título de académico de la Española, sino á un rótulo en el balcón ó en la tienda.

Se le creía libre de aspiraciones literarias. Se le juzgaba engolfado en las consideraciones de su delicado cargo, de tan grande responsabilidad en toda monarquía.

Ya es grave empleo ser médico de los simples ciudadanos; pero lo es mas ser médico de los reyes. Un rey no puede morir de enfermedad si esta no es auxiliada por el médico. Ni es posible curar á un rey como á otro mor-

tal. Se oponen á ello la etiqueta, los ministros, el cuerpo diplomático, la nación.

Todas son dudas, entonces; todo consultas, todo no saber qué partido tomar.

En tales situaciones hay pocos que se atrevan como el famoso Gutierrez á decir al rey: Señor, ¿quiere V. M. morirse tratándole como á rey, ó salvarse curándole como á pobre?

El médico sólo piensa en que un rey no debe morir nunca.

Pero ello es que un día se supo con sorpresa que el señor marqués de San Gregorio era candidato á la Academia de la Lengua. Es como si se hubiese dicho que Tamayo lo era de la de Medicina.

Y no faltó quien dijese:

—Sin duda que la lengua de la Academia necesita curación.

Vosotros lo habeis leído, acaso, como yo. Fue uno de los libros que mas me encantaron en los primeros años.

Era la historia del enano del duque de Buckingham. No recuerdo cómo se llamaba, aunque su nombre era el título de la historia.

Fué el Tenorio de los enanos... Un día el duque dió un banquete á Carlos I y á Enriqueta de Francia, y sirvieron en la mesa un enorme pastel. De súbito saltó la tapa del pastel y apareció un enano, que huyó corriendo sobre los manteles.

Semejante salida le hizo mucha gracia á Enriqueta, y le pidió á la duquesa, como se pide un título.

La duquesa se le regaló, y hé aquí que el enano se va con la princesa á París, donde se da muchísima importancia.

Los cortesanos se reían de él y él los insultaba.

Pero sus grandes reyertas eran con el portero del palacio del rey de Francia. Este portero tenía gigantesca estatura: miraba al enano como el cedro debe mirar al tomillo.

Y fué el caso que un caballero francés, joven y galanteador, por cuestión de celos, insultó al enano.

Primer cartel de desafío á que se niega, riéndose, el caballero: segundo reto, ante la corte; y al fin y al cabo aceptación del lance por el gentil-hombre.

Se batieron con arma de fuego, y al primer tiro el enano le mató.

Después la vida del enano fué muy aventurera. Le hizo cautivo un pirata turco, y en Turquía llegó á capitán del ejército. Después se metió á conspirador y lo metieron en un calabozo y en este calabozo murió.

Era como suelen ser los enanos: de cabeza enorme, de torcidos miembros, de piernas endebles, de aviesa intención, vengativo y envidioso... Aquel con quien todos son malos cómo ha de ser bueno?

Pero no todos... Sabed que hubo damas muy nobles y hermosas que le distinguieron con sus favores.

¿A pesar de ser tan feo? direis.

Acaso, precisamente, por su misma fealdad.

Cuando fui, pues, la otra noche, á ver los enanos misteriosos iba en disposición altamente favorable. La historia del enano inglés me saltaba en la memoria.

¡Oh, dolor! ¡Aquellos enanos no eran el tipo altamente poético en su fealdad que yo me había forjado, por mas que cantasen en la lengua de Buckingham!

Es que en la historia de mi enano había misterio, sin ofrecimiento, y aquí faltaba el misterio prometido en el cartel.

Además, los enanos pueden ser queridos en la familia y en la sociedad; pero exhibidos en las tablas para diversion, inspiran repugnancia.

Es un retroceso á los tiempos del bajo imperio y á la Edad Media.

Los enanos son errores de la naturaleza, y reirse de ellos, es como reirse de las faltas de nuestra propia madre.

Monótonas son las diversiones del cortesano.

Conciertos en el Retiro; *Los polvos de la madre Celestina*, en el Principe Alfonso; *Las educandas de Sorrento*, en la Alhambra; saltos, juegos de espadas, ejercicios de trapecio, en Price. Ninguna gran novedad.

Apenas si corta esta monotonía alguna solemnidad artística, donde son por fortuna inevitables la lectura de Zorrilla, de Grilo y de Blasco y el arpa de Esmeralda Cervantes.

¡Cuán breve ha sido el verano!

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Pequeños poemas por D. Ramon Campoamor, un volumen de 14-406 págs.—Madrid: English y Gras, editores; Rubiños, imp.; 1879.

Hace algun tiempo que nuestros poetas líricos dan pruebas mas repetidas de su inspiración y de su fecundidad. En las asociaciones literarias se concede marcada preferencia á este género; la crítica lo estimula y el público no le niega su aplauso y sus favores. Los vates mas ilustres de nuestro Parnaso contemporáneo están á la cabeza de ese activo movimiento. El laurel conquistado en otros días, les anima á ambicionar nuevos laureles, y la nieve de los años no apaga la brillantez de su fantasía, ni el calor de su genio.

Entre todos descuella aún, como antes, como siempre, por la vigorosa personalidad que revelan sus obras, el autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*, nuestro poeta humorista y filosófico, Campoamor; Campoamor, que por sí solo constituye una escuela, sin predecesores, sin antepasados, sin tradición y hasta ahora sin discípulos dignos de la gloria del maestro; Campoamor, cuya musa es la de este período de nuestra vida, que por eso mismo se identifica como ninguna otra con las ideas y con el gusto de la sociedad contemporánea.

Campoamor, popular y originalísimo; popular, porque es el mas leído de nuestros líricos; originalísimo, porque á pesar de las insinuaciones de cierta crítica severa, como él mismo dice y demuestra en este volumen, le pertenecen siempre, en todas las composiciones que escribe, cualesquiera que sean las galas con que las adorne, el asunto, el plan, el designio filosófico y el estilo.

El libro de Campoamor, impreso ahora, al que consagramos estas líneas, contiene veinte pequeños poemas, digno cada uno de un análisis mas extenso que el que podemos dedicar á toda la obra. Le precede una exposición de las ideas y sistema literario del autor. Ese sistema descansa, como sobre sus ejes fundamentales, en estas ideas, exactas unas, caprichosas y arbitrarias otras, como eminentemente subjetivas, como fruto del ingenio de un lirico en quien antes que nada debe revelarse su propia, distinta y característica personalidad. Hé aquí las ideas: Que el arte supremo sería escribir como piensa todo el mundo; que las reglas de la retórica son inútiles para formarse un estilo; que la historia, las ciencias y la filosofía contribuyen con sus datos, sus ideas, sus averiguaciones á la creación de las obras artísticas; que el asunto de toda obra de arte debe ser historial; el plan pueda pintarse; el designio sea real, y el estilo la reverberación de la personalidad del autor.

No hay para qué discutir si estos principios son exclusivos. Varron contaba en su tiempo doscientas ochenta y ocho maneras de ser dichoso, y nosotros creemos que hay otras tantas, por lo menos, de producir belleza. Basta ahora con que Campoamor cree obras bellas y se acomode á ese programa. Ambas cosas son ciertas, y de ambas es el libro que anunciamos completa demostración. Lea quien lo dude el poema *Don Juan*, felicísima crítica del personaje de Byron; *Las tres Rosas*, miscelánea de pequeños poemas, delicados y brillantes, como la filigrana; profundos y sentidos, como el poderoso ingenio de su autor; *El amor y el río Piedra*, cuya primera parte es una verdadera explosión de humorismo, un precioso cuadro descriptivo la segunda y un patético drama la tercera; *Por donde viene la muerte*, episodio de la eterna lucha entre lo real y lo ideal, y *Los caminos de la dicha* y *Los buenos y los malos*, bellísimos uno y otro, aunque su concepción descansa sobre una base exageradamente pesimista y falsa, con especialidad en el último, donde el autor considera al género humano dividido en los sabios explotadores y los buenos explotados.

La edición de los *Pequeños poemas* está hecha con esmero y elegancia, impresa correctamente y ordenada con gusto.

El derecho y la moralidad, por Leopoldo Alas.

El Sr. Alas ha hecho su aparición entre nosotros hace muy poco tiempo. Es un joven estudioso é ilustrado que revela felices disposiciones para la crítica literaria y, mas aun, que ha conquistado entre los críticos de este período un puesto envidiable. Como escritor político ha incurrido en exageraciones que él mismo deplorará cuando llegue su talento á la madurez que el tiempo reserva para todos los frutos naturales, y como hombre de ciencia se abandona demasiado á las especulaciones metafísicas.

En esta que ha dado á luz hace algunos meses, muestra abundantemente todas esas cualidades; las de crítico en el examen del movimiento filosófico contemporáneo; su erudición en todo el discurso; la de escritor en la elegancia y facilidad de su lenguaje, que bajo el punto de vista gramatical y castizo, es irreproachable; las de idealista empedernido en la dirección filosófica que sigue, en su concepto del derecho, en la forma de plantear la cuestión concreta que estudia y en las soluciones que desenvuelve é anuncia.

Nosotros tenemos fe ciega en el progreso, y merced á esa ley general que rige toda acción y todo movimiento, el Sr. Alas llevará á un alto grado sus buenas dotes de pensador y de literato, enmendando los defectos que le extraviaban y desechando las preocupaciones que han puesto una venda sobre sus ojos al tratar problemas interesantísimos de derecho y de política. Triste sería que así no sucediese, pues no anda nuestra sociedad tan sobrada de ingenios claros é ilustrados como el Sr. Alas, para que no sea útil su concurso en la obra de encaminar la opinión del país por rumbos distintos de los que ha seguido hasta ahora.

Flores y espinas, colección de poesías por D. José Selgas.—Un vol. de 134 págs.—Madrid: Juberá; 1879.

El título de esta colección es oportuno. El lector hallará en ella flores y espinas, poesías sentidas, tiernas, suaves, de encantadora forma, en las que tanto se admira la delicadeza de afectos como el primor de la expresión y poesías insipidas, vulgares, que revelan mediano gusto; y lo que no es tan extraño en el Sr. Selgas, carencia total de originalidad y de pensamiento. Al lado de *La felicidad* y *Cartas cantan*, esta última algo picaresca, y ambas, ejemplo de aquel género, están *A vosotros*, *Perlas y lágrimas* y otras varias que no merecen ser coleccionadas en este volumen.

Otras publicaciones.—En estos días se han dado á luz varias traducciones interesantes. Al Sr. Cañamaque que con tanta corrección ha vertido del francés á nuestro idioma diversos libros, debemos las *Cartas provinciales* de Pascal y los *Soldados de la revolución* de Michelet. Ambas obras son de mérito tan reconocido, que no han menester mayores elogios. Se ha publicado además una versión de los *Pensamientos* de Pascal y otra del *Emilio* de Rousseau.

Esta obra tiene ahora un interés especial. La pedagogía ha venido á confesar que Rousseau vió con claridad en estas cuestiones, y que en el *Emilio* se afirman muchos de los principios fundamentales que deben presidir á la educación de la juventud. Herbert Spencer lo

declara en su notable monografía, publicada recientemente en París por Germer Baillière.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

La luz y la sombra.

(HIGIENE Y MEDICINA POPULAR.)

La luz y la sombra, agentes positivos el uno y negativo al parecer el otro, tienen una gran importancia en el estudio de la vida orgánica del hombre, que corre su existencia continuamente colocado bajo el influjo preciso de uno de ellos: pero el conocimiento de sus efectos nunca es tan útil como en la estación que avanza, porque en ella es donde se presentan brillando y ejerciendo mas fuertemente sus acciones y demarcando mas vivamente la energía de sus diferencias.

Bien sea, como decía Newton, siguiendo al filósofo de Estagira, un fluido emanado de los cuerpos, bien como querían los Cartesianos y han seguido los modernos, una ondulación vibratoria del éter; la luz, aparte de hipotéticas teorías, para nuestro objeto inútiles, es una entidad real é indefinible, que atravesando y refractada en los cuerpos transparentes, descompuesta, absorbidos y variamente reflejados sus rayos espectrales en los opacos, nos da á conocer en esta incesante reflexibilidad y continúa metamorfosis y combinación de sus radiados elementos, la idea de la existencia y las imágenes de la objetividad del universo.

La sombra, que es para los físicos una negación, debemos también considerarla como una entidad que tiene positivamente su modo de ser propio y accidentes cualitativos especiales. El medio que la constituye se diferencia esencialmente del ambiente luminoso, por que su color, su densidad, su temperatura, grado, higrométrico y tensión eléctrica, sus cambios y corrientes son enteramente desemejantes y determinan en los individuos colocados bajo su influencia, fenómenos muy diferentes de los que se sufren bajo la acción de la atmósfera compenetrada por la luz.

El ambiente luminoso es un vivificante necesario é indispensable para la vida y para la salud del hombre, de los animales, de las plantas y de toda la existencia general, tal y como la comprendemos en todas sus variaciones y complicadas manifestaciones. Sin luz, la humana inteligencia apenas concibe nada en lo existente, y la adoración religiosa de muchos pueblos á los astros, constituye la expresión de este sentimiento intuitivo que nos hace ver en el lumínico el fluido de la actividad y de la existencia.

El organismo humano, como cuerpo de la naturaleza, no puede vivir sin luz, siendo esta uno de los agentes de mas poderoso influjo sobre todas sus acciones y fenómenos, así profundos como superficiales. Excitando suavemente la periferia, mantiene la actividad de los movimientos y funciones celulares y el cambio y variabilidad de los pigmentos, y ejerce una necesaria y saludable influencia sobre la sangüificación y su acción excitativa y dilatante se manifiesta y traduce en la coloración de la piel, en la mayor animación de los órganos de los sentidos y amplitud en los movimientos generales y facilidad de los del torax; y al conjunto de sus benéficas acciones se debe indudablemente el reducido número de anémicos, escrofulosos, raquíticos y deformes que ofrecen los pueblos que viven bañados por la luz. El baron de Humboldt, que recorrió todo el mundo, dice que *las deformidades son infinitamente raras en los pueblos que tienen el sistema dermoideo fuertemente coloreado*.

Pero este agente tan útil, tan benéfico y necesario para la vida y la salud, es también un poderoso elemento de perturbación y de aniquilamiento orgánico, cuando su influencia se ejerce de un modo continuamente excesivo ó accidentalmente con fuerte y viva energía ó bajo condiciones que extraviar su saludable influencia; y el estío es entre nosotros la estación en que la luz adquiere estas condiciones, presentándose con toda la fuerza de su acción inmediata y directa y con todos los efectos de su actividad por reflexión.

Todos los fenómenos de la insolación directa desde la mas ligera excitación epidérmica hasta el desarrollo y provocación de los exantemas mas agudos, desde la simple irritación de las mucosas hasta las inflamaciones de diversa índole de éstas, se observan como producto de su acción inmediata sobre los tegidos periféricos; y en los órganos internos mas importantes á la vida, cual el cerebro, ó en los sensoriales de mayor necesidad, como en el de la visión, determina perturbaciones funcionales variadísimas desde el simple desvanecimiento cerebral hasta la mortífera congestión y apoplejía, y desde el pasajero deslumbramiento hasta la mas variada y grave perturbación de la funcionalidad de la vista.

La locura se presenta en muchos casos, como dicen Esquirol y otros alienistas, por los efectos hiperémicos del sol sobre las meninges, y Revolat cuenta que en 1794 y 95 muchos soldados franceses del ejército que operaba en España cuando la guerra del Rosellon, se volvieron locos después de haber estado mucho tiempo expuestos á la luz solar. Análogo efecto al de la *calentura de mar* que suelen sufrir los navegantes en las zonas del trópico, se ha observado en las expediciones de los europeos al Africa una afección insolatoria con tendencia al suicidio, acompañada, como aquella, de vivas alucinaciones. Payen, médico francés, cuenta que los soldados del general Bégallud al atravesar un desfiladero á tiempo que el sol estaba en el zenit, creyeron ver una bóveda suspendida sobre su cabeza y oír voces y cánticos que descendían de aquella bóveda maravillosa; que otros gritaban y se quejaban, y algunos en el mas alto grado de excitación, se suicidaron.

La acción rubefaciente de la luz fuerte sobre la piel, ha llegado á producir accidentes violentos y dolorosos como los que se refieren su-

fríos por los naufragos de la Medusa, algunos que permanecieron bajo la acción de una luz tropical; y la acción de esta y del calor que la acompaña, hacia sufrir dolorosos tormentos en sus ulcerados y congelados miembros á aquellos de nuestros sabios compatriotas que fueron á medir un arco de la tierra sobre las montañas del Pinchicha.

Sobre el órgano de la vision enlazado por natural objeto con la luz, los efectos patológicos de esta son múltiples y su sola acción continua es fatalmente seguida de accidentes muy diversos y de un vivo tormento, habiendo constituido un suplicio en las penalidades de los pueblos antiguos en que se mandaba cortar los párpados y dejaba al ojo constantemente bajo la acción de la luz. Cataratas, hemeralopias, cegueras ó amaurosis, se han visto presentarse rápidamente en los que por estudio ó temeridad se han expuesto largo tiempo á mirar directamente al sol, y el célebre Buffon es uno de los que por esta causa tuvieron que sufrir alteraciones en su vista.

Los efectos mas perniciosos de la luz y los mas comunmente sufridos, son los que producen en su reflexion sobre los cuerpos blancos ó lustrosos. Harto conocidos son los hechos á que dieron lugar las desastrosas expediciones militares de Napoleon á Egipto y á Rusia: la luz reflecta de los inmensos arenales africanos y la de las blancas sábanas de la nieve moscovita contribuyeron á diezmar y aniquilar las huestes francesas, tanto como los desastres de otros géneros que sufrieron aquellas expediciones. Las oftalmías endémicas de las ciudades de Oriente y las que no escasean en nuestras provincias del Sur y del Este, son en gran parte debidas al reflejo de la luz fuerte y viva sobre las superficies blancas ó lucidas de los suelos y edificios, y consecuencia de este hecho resulta el dato que ha comprobado recientemente la estadística de ser estas provincias las que presentan entre nosotros mayor número de ciegos.

Madrid, examinado bajo el punto de vista de la reflexion luminica, no presenta muy ventajosas condiciones. Reclinado sobre un lecho de pedernal y de granito, cuerpos vitreos, compuestos especialmente el segundo de partículas lustrosas, de pequeños espejos de mica, entremezclados al feldespato y cuarzo, su suelo iluminado vivamente en el estío, refleja en brillante y menudo cabrileo los rayos luminosos, que vienen, como agujas de oro, á herir fuertemente el órgano de la vision y lo perturbaban, irritan y alteran, determinando una multitud de padecimientos oculares. El suelo de madera tiene sobre el pavimento inorgánico actual grandes ventajas en este sentido, porque no da lugar á esta reflexion fatigosa de la luz, como reúne por otros conceptos diversas conveniencias higiénicas que se pueden estudiar en el ensayo de que dicha clase de pavimento se ha comenzado á hacer en la calle del Leon.

Los muros de los edificios son otro de los reflectores de luz mas fatales en el interior de las poblaciones, y Madrid tiene en gran parte subsanado este inconveniente por el revestido de madera, pintada generalmente de oscuro, con que el comercio cubre casi todos los edificios: hay, sin embargo, todavía mucha tapia blanca al descubierto, y fuera de desear que siendo indiferente el ténor de tal ó cual matiz las casas, se adoptase el uso de colores absorbentes: disposicion que debiera consignarse en las ordenanzas de la villa, pero que será difícil así se haga, porque en materias de higiene y salubridad pública, ya es sabido lo que cuesta arrancar en Madrid alguna determinacion útil al municipio.

En contraposicion á los azares del lumínico, la sombra nos ofrece principalmente en estío sus apetecidas cualidades y benéficas y dulces impresiones, y en Madrid tiene este agente grandes lugares de atractivo bajo las verdes techumbres de sus acacias, sus plátanos, sus olmos y negrillos esparcidos por plazas, calles, rondas y jardines. No son, sin embargo, todavía suficientes ni están distribuidos con equidad, habiendo grandes masas de habitantes que carecen del beneficio de esta sombra arbórea que se hace muy necesaria, sobre todo en los barrios extremos y en las afueras. En el interior de la poblacion proporcionan sombra los edificios, y dada la altura cada vez mas creciente con que desdichadamente va permitiendo el municipio á las construcciones, éstas amenazan sumir en profundas tinieblas á una gran parte del vecindario. Esta oscuridad, es la negacion completa de la luz que la admistracion nos proporciona en el interior de las habitaciones, no es la sombra higiénica, que ésta es la que bien sea á cubierto bien al aire libre, está llena de claridad bastante para dar juego á la vision y el necesario estímulo luminoso al organismo. En esta sombra es donde después de sufrir el ardiente influjo de la luz solar, se goza de una calma y bienestar higiénico, porque su acción moderadora y algo depleitiva contraresta los efectos irritantes de la luz estival. Este carácter moderador ha hecho que la sombra sea mirada con un atractivo singular, y sea apetecida vivamente en la época del calor: es el elemento de vida en el verano, como la luz es el elemento de vida en el invierno.

Pero sus ventajosas condiciones tienen tambien contrariedades y en su seno se desenvuelven, por efecto de sus cualidades inherentes, fenómenos que alteran pasajera y aun profundamente la organizacion. La acción instintiva que nos hace abrochar nuestros vestidos cuando pasamos, traspirando, de la luz á la sombra, es un precepto que debe tenerse presente, porque de no hacerlo, aparecen bruscamente en las paredes del pecho, dolores efecto del cambio brusco de temperatura, de la refrigeracion de la periferia y de la supresion momentánea de la traspiracion. Si una vez en la sombra, sentimos placer y bienestar, no debemos abusar de esto permaneciendo inactivos largo tiempo bajo su acción frigorífica, ni tampoco entregarnos en sus profundidades dentro de grandes masas de aire sombrío al sueño en desahogo, porque de ello resultan todos los efectos de las influencias morbosas térmicas, eléctricas é higrométricas que determinan varios afectos catarrales, reumáticos,

neurálgicos y fiebres intermitentes. En los lugares de continuo sombrío, como sucede junto á los grandes edificios, debe tenerse presente que en el prisma de sombra que proyectan, hay siempre corriente de aire fresco, cuya acción es necesario evitar, porque son las que mas principalmente ocasionan los afectos antes indicados.

La sombra es tanto mas intensa cuanto mas se aparta de su límite con la luz y en sus últimas profundidades su influjo es por demás funesto para la vida y la salud: palidez y laxitud en los tejidos, fluidificación de la sangre, enflaquecimiento general, abotamiento linfático y abolicion de los estímulos vitales hasta determinar la conclusion de todas las funciones, es el último resultado de los efectos prolongados de la sombra llevada á su mayor intensidad; pero en la verdadera acepcion de ambiente oscuro animado por la claridad que permite la vision, constituye un elemento de saludable influencia higiénica, en el que debemos pasar una gran parte de la estacion del calor fuerte.

Vemos, pues, que tanto la luz como la sombra tienen su bien y su mal, sus beneficios y sus inconvenientes y dada una idea de unos y otros, cada cual puede estar advertido para lo que importa en este punto conocer sobre la conveniencia de su salud.

J. PARADA Y SANTIN.

El acero.

Nuevo procedimiento para fabricarle.

Hace muy poco tiempo ha corrido por los mercados y fábricas de acero una noticia de capital trascendencia, que viene á causar una verdadera revolucion en la metalurgia del hierro. Trátase nada menos que del aprovechamiento de los minerales fosforados, con los que, segun Thomas y Gilchrist, puede obtenerse á bajo precio un acero sin fósforo, con las condiciones que se exigen para su empleo en la industria y en las artes.

Noticia de tal condicion es para España de la mas alta importancia, por las modificaciones que trae en la exportacion de los minerales de Vizcaya, que ha de disminuir bastante; pero, por otra parte, trae las ventajas de poder aprovechar materias que antes no servian.

De este modo, el metal que mas aplicaciones ha recibido y goza de mas importancia, podrá venderse á un precio fabulosamente barato.

Se han hecho contratos de rails de acero obtenido por el procedimiento que vamos á describir, al precio de 400 rs. la tonelada.

El hierro es el metal del siglo y de los pobres. Apenas si hay un objeto de uso doméstico en que no intervenga; no existe ninguna máquina moderna que no se construya con aquel metal.

En general puede decirse que únicamente se aprovechan dos minerales de hierro, los óxidos y los carbonatos; de los restantes, algunos de los cuales, como el sulfuro es abundantísimo, no se hace uso alguno, ni en las forjas catalanas ni en los altos hornos. Los que se reducen por el carbon, dan un hierro de mala calidad, y los otros, no son reductibles.

El tratamiento de los minerales de hierro no es difícil; redúcese en principio á una sustitucion del carbon al oxígeno del mineral; ya se emplee el método catalan, ya los altos hornos, todo se reduce á someter los minerales mezclados con carbonos á una elevada temperatura y á una corriente de aire muy enérgica. El metal obtenido, no es hierro puro, sino un carburo, tanto mejor y mas apreciable cuanto menos carbon contiene, y si en él se encuentra cierta proporcion de manganeso, que le comunica cualidades apreciabilísimas.

La fundicion obtenida puede purificarse y afinarse; para esto se emplean muchos procedimientos, entre los que se prefiere, hace mucho tiempo, el de Bessemer, que sirve para todas las fundiciones y no consiste mas que en hacer atravesar una corriente de aire por el carburo de hierro fundido; en este caso el oxígeno del aire se combina con parte del carbon y el ácido carbónico y el óxido de carbono formados se desprenden, dejando al hierro mas puro.

Cuando la fundicion contiene fósforo, cuerpo muy abundante en los minerales de hierro y que hace que la fundicion sea muy dura y no pueda forjarse, entonces este método no era practicable, porque el acero salia con fósforo; no bastaba la gran cantidad de oxígeno de la corriente de aire para eliminarlos. Esta circunstancia hacia que no pudiesen emplearse de ninguna manera minerales fosforados y tenia completamente fuera del mercado los minerales de hierro de Inglaterra, que apelaban á nuestras ricas minas de Somorostro.

Mr. Thomas y Gilchrist han resuelto el problema de aprovechar los minerales fosforados, y sus ensayos en las fábricas de Bolchow y Vaughan en Middlesbrough han dado el éxito mas satisfactorio que podia esperarse; pues se ha obtenido un magnífico acero á un precio bajo, porque las materias que se emplean en el tratamiento de las fundiciones fosforadas son muy baratas.

En principio se reduce el procedimiento á revestir el horno de una sustancia capaz de combinarse con el fósforo, formando una compuesta muy fija y estable. La sustancia empleada contiene por 100 partes,

7 de sílice.

4.5 de alúmina.

88 de carbonatos de hierro y magnesia.

Mezcladas estas sustancias, se hace con ellas una pasta, añadiendo el agua que sea precisa, luego se le da forma de ladrillos, se comprimen mucho y se cuecen en un horno que alcance una temperatura como la de fusion del platino; con estos ladrillos se reviste el interior del convertidor, teniendo cuidado de darles un nuevo revestimiento, que es necesario renovar á cada operación para preservarlos del ataque por las sustancias ácidas que puedan formarse. Con esta precaucion, puede un revestimiento de esta naturaleza durar mucho tiempo. Ensayos practicados en Angleur han probado que un revestimiento resiste hasta 50 operaciones.

La acriacion, usando este procedimiento, se lleva casi lo mismo que en el método de

Bessemer; cuando el metal está fundido, se le añade una mezcla de cal y magnesia y se comienza á injectar aire, al cabo de algun tiempo, cesa la corriente de éste y se añade de nuevo en pedazos una mezcla, en iguales proporciones á las que se emplearon en los ladrillos del revestimiento, de cal, magnesia y óxido de hierro.

Es necesario saber de antemano las cantidades de sílice y fósforo que contiene la fundicion, pues de ellas depende la cantidad de la mezcla que hay que añadir; si no se tiene esto en cuenta, podrá suceder que si falta, tome elementos del revestimiento fijo y lo destruya en parte. Al trascurrir una media hora, en cada una de estas operaciones, se considera ya eliminado el fósforo y se procede á la adición de fundicion que contenga manganeso, siguiéndose luego todo como en los procedimientos empleados hasta aquí.

Por la diferencia de procedimiento se ve la diferencia de resultado en el análisis de las escorias; en el nuevo procedimiento han de tener necesariamente mas peso, equivale al 29 por 100 del acero obtenido; en el procedimiento seguido hasta el día no pasaba del 10. La composicion varia mucho y la razon está en que en el procedimiento nuevo hay una serie de reacciones mas complicadas, que tienen que dar como resultado la formacion de ácido fosfórico; al que acompañará el exceso de cal y magnesia que se hayan puesto. En el sistema de Bessemer se obtienen escorias básicas con gran cantidad de sílice; en el de Thomas y Gilchrist se obtienen escorias ácidas con menos sílice, pero conteniendo ácido fosfórico, cal y magnesia.

Además de la ventaja que tiene el procedimiento nuevo en aprovechar los minerales fosforados, goza de otra ventaja, la de obtener el acero mas barato.

Este dato hace pensar que el acero de que se trata tiene buenas condiciones para ser aplicado como el antiguo; no quiere esto decir que hemos de deshechar el otro como inútil, ni menos que únicamente han de aprovecharse en adelante los minerales fosforados; muy al contrario, las inmensas aplicaciones del hierro y su importancia industrial, reclaman hoy, como siempre, el aprovechamiento de mayor número de sustancias; no porque se utilicen los minerales que antes no servian han de desprejiciarse los óxidos y carbonatos; con el nuevo invento habrá mas consumo porque será el hierro mas barato. Sucede en esto lo mismo que en el alumbrado; cuando se empezó á emplear el gas, se creia que las bugias y las lámparas de petróleo iban á desaparecer; han trascurrido algunos años y cada día se fabrican mas bugias y se hacen mas lámparas.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

París.

¡Espectáculo desolador para los fondistas y comerciantes de París! Los ingleses pasan á bandadas, pero sin detenerse; el Etna los llama con espantosos rugidos; ellos acuden presurosos, sin fijar la mirada en los boulevares... esto podria torcer su itinerario. Cuando se atraviesa París para llegar á un punto fijo, hay que cerrar los ojos, ó separar la vista de esta hada voluptuosa; sus sonrisas son las sonrisas de la onda infiel; sus blandas caricias fabrican cadenas invisibles que difícilmente se quebrantan.

Si el Etna sigue algun tiempo desgarrando sus entrañas y vomitando sus cóleras, en muchas casas de la Gran Bretaña reinará pronto un lamentable desorden. Pero el espectáculo es tentador; la ocasion no puede ser mas propicia; ahora sí que puede contemplarse frente á frente un verdadero volcan, es decir, un volcan en ejercicio, hirviendo cual antro infernal, iluminando horriblemente el firmamento, despidiendo lava enrojecida hasta tres kilómetros de distancia.

Y el Etna no es un volcan cualquiera; junto á él qué vale el Vesubio, montaña vulgar cuya sola belleza consiste en hallarse en medio del panorama mas poético de la tierra? El Etna, mas original, con majestad propia, cubre sus laderas de sempiterna nieve; cuando está dormido diríase que su sueño es el sueño sublime de la tumba; ni una humana huella consigue profanar su blanca y helada losa... Pero llega el terrible despertar; el fuego comprimido estalla y los regueros de lumbre que rompen en mil grietas la nivea superficie, semejan sangrientas desgarraduras por donde la tormenta aprisionada respira y algun espíritu infernal humea y arde.

Ya me parece estar viendo á los graves Jhons y á las graciosas Jennys cruzando intrépidos por entre torrentes de lava y exclamando al levantar los ojos hacia la ardiente cúpida:

—¡Beautiful! ¡hip; hip, hip... hurra!...

Le Gaulois de hoy me ha causado una decepcion. Siempre que en este periódico veo la firma de Montjoyeux, lo dejo todo y leo con avidez sus espirituales Crónicas. ¡Qué naturalidad de lenguaje, qué bellezas de estilo, qué pureza de diccion, qué delicadeza en los tonos, qué interés en los relatos! Así como Montjoyeux tiene debilidad por el bonapartismo, yo tengo una debilidad de mejor gusto... la tengo por Montjoyeux. Se puede ser en politica rival suyo y reconocer en él á uno de los maestros de ese género literario, brillante y fugaz como la moda, ligero y agitado como la superficie del boulevard, que nutre con su lectura á media Francia. Rochefort, Schöll y Montjoyeux son las eminencias de esta literatura movida y centellante. Hay quien vé sólo en esas espirituales crónicas la risueña superficie rizada de espumas; pero mirad al fondo y vereis cuán claramente se perciben las mas hondas profundidades.

Montjoyeux, con motivo de una fantasia del marqués de Massa, representada el lunes último y titulada *El club de las mujeres*, vuelve hoy la vista hacia aquellos tiempos, todavía no muy lejanos, en que las mujeres reinaban en Compiègne. Suspira el simpático colaborador del *Gaulois* por aquella corte de la emperatriz Eugénia, animada por los chistes de Edmundo About y por las alegrías de Celina Montaland, por las aventuras de Morny y por las

delicadas complacencias de Mad. Carete. Recuerda los ensayos nocturnos de Compiègne, verdaderos pugilatos de finezas y de galanteías, echa de menos aquella pléyade de mujeres hermosas llamadas madames Metternich, Pourtalès, Poilly y la princesa Poniatowska, y lamenta que aquellos tiempos hayan pasado tan pronto. Es tan desgarrador el quejido que con este motivo exhala Montjoyeux, que no dudo que la Francia se conmoviera exclamando: —Señores bonapartistas, estoy á la orden de Vds.; sus lamentos me han enternecido... ¡Vuelvan Vds. á Compiègne á divertirse otro rato!

La única novedad que hoy ofrecen los teatros de París es *La Condesa Romani*, representada anteanoche en el Gimnasio. *La Condesa Romani* no es una obra nueva; fué estrenada hace ya algun tiempo, y su aparicion sobre las tablas dió lugar en el mundo parisiense á los mas picantes comentarios. Bajo el pseudónimo de *Gustave de Jalin*, se ocultan dos autores, que son Alejandro Dumas y Gustavo Fould, hijo del célebre ministro de Hacienda del imperio.

Es opinion general que Gustavo Fould se ha inspirado en acontecimientos de su propia vida al idear su comedia, y que Alejandro Dumas solo ha hecho la adaptacion de la obra á las condiciones escénicas que toda produccion dramática requiere. Gustavo Fould se casó con una actriz; su matrimonio no acabó de buena manera.

Ahora pasemos al argumento de *La Condesa Romani*.

Un jóven noble y rico se casa con una actriz, célebre por su belleza, y aun por sus aventuras de amor. La artista empieza por arruinarle; continúa por engañarle con otro, y acaba por conseguir de él la autorizacion para volver á las tablas. La actriz va á aparecer ante el público, vuelve á encontrar entre bastidores á sus antiguos camaradas; el pobre marido trata de sonreír para ocultar su amargura á los extraños, y en esto, un despedido rival aprovecha la ocasion para arrojarle su deshonra al rostro. El golpe es terrible para el infeliz víctima; éste corre donde su esposa; intenta descubrir la horrible verdad, y la artista lo confiesa todo sin gran vacilacion; tiene prisa por entrar en escena y decide no ocultar nada á su marido para acabar mas pronto; el público la espera impaciente.

Entonces Romani saca un puñal, y mostrando por primera vez energia ante la mujer que tanto amó, exclama:

—¡Da un paso y me mato!

La actriz avanza, Romani se clava el puñal en el corazon y cae muerto á los pies de aquella. La condesa jura ante el cadáver de su esposo no entrar mas en el teatro, pero á los ocho dias olvida su juramento y vuelve á aparecer ante el público, el único amante á quien las artistas son fieles.

Los teatros de París se van ya cerrando, como de costumbre, al llegar la cálida estacion. Pero hay uno de ellos que permanecería lleno, aunque suprimiera este año las vacaciones. Es el teatro del Renacimiento.

Juana Granier es hoy la artista mimada de París, y en *La Petite Mademoiselle* recibe una ovacion cada noche. No he visto jamás actriz alguna que de tal manera ponga todo su entusiasmo, todo su corazon, todo su talento al servicio del papel que desempeña. Para Juana Granier no hay mas vida que el arte; cuando pasa algun tiempo fuera de las tablas, empieza á enfermarse. Tiene la nostalgia de la escena.

Hace poco mas de cuatro meses, el estado de la Granier era alarmante; doscientas noches consecutivas ejecutando *Le Petit Duc* habian dejado su salud profundamente resentida. Con el reposo iba mejorando lentamente; un día su médico la dijo:

—Yo, ya nada tengo que hacer; es el maestro Lecocq el único que puede acabar de curaros. Pedidle que os escriba una nueva obra, y os restablecereis.

Juana Granier envió á Lecocq la receta, y de ahí nació *La Petite Mademoiselle*.

Pero fué necesario escribir la obra á escape; se trataba de salvar la vida á la *petite*... que se moria de nostalgia.

La Petite es el nombre que se dá familiarmente á la Granier en este París que la adora tanto; todas las obras escritas para ella llevan siempre este adjetivo: *Petite mariée, Petit Duc, Petite Mademoiselle*. La Granier, sin tener grandes bellezas físicas, es encantadora, y posee como ninguna otra esa gracia especial que aquí se llama *gaminerie*. Pero es pálido cuanto de la Granier pueda decirse en una ligera crónica; hay que oír la repetir aquel canto de muerte entonado sobre las barricadas de París en tiempo de la Fronda:

Un vent de fronda
á soufflé ce matin...
On dit qu'il gronde
contre le Mazarin.

La cuestion Olivier es el acontecimiento de día. Olivier, el hombre del corazon ligero, le tratado de aprovechar la recepcion de Mr. Errique Martin para hacer una defensa del bonapartismo. Varios académicos han querido impedir que se convirtiera á la Academia en instrumento de propaganda política, y ayer celebró la citada corporacion sesion solemne con objeto de elegir un nuevo individuo de su seno que responda dignamente al académico entrante.

El elegido para contestar á Mr. Martin es Mr. Marmier; pero se cree generalmente que este académico resignará la distincion de que ha sido objeto, en cuyo caso la Academia conferirá dicho cargo á Julio Simon.

El solemne acuerdo relevando á Mr. Emile Olivier del cumplimiento de su cometido, fué tomado en consideracion por trece votos contra doce.

Si Dumas no hubiera estado enfermo hubiese resultado empate; y si Renan se hubiese apercibido de lo empeñado de la lucha, Olivier hubiera salido victorioso... De donde se desprende que muchas veces es conveniente que los sabios se ocupen de la vida futura.

BERNARD GARCÍA LADEVESE.

París 6 de junio de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almudena, 2.